



En una nueva catequesis en la que reflexionó sobre la Misa, el Papa Francisco se preguntó: **“¿Qué es esencialmente la Misa?** La Misa es el memorial del Misterio pascual de Cristo. En ella nos hace partícipes de su victoria sobre el pecado y la muerte, y da significado pleno a nuestra vida”.

Al igual que Israel celebra la Pascua de su liberación de Egipto, de su éxodo, **“Jesucristo, con su pasión, muerte, resurrección y ascensión al cielo dio cumplimiento a la Pascua. Y la Misa es el memorial de su Pascua**, de su ‘éxodo’, que ha cumplido por nosotros, para hacernos escapar de la esclavitud y llevarnos hacia la tierra prometida de la vida eterna”.

“La Eucaristía no es un recuerdo, es hacer presente aquello que sucedió hace 20 siglos”, destacó. **“La Eucaristía -continuó- nos lleva siempre al vértice de la acción salvífica de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan por nosotros, derrama sobre nosotros toda su misericordia y su amor**, como hizo desde la Cruz, de modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos”.

En su catequesis, el Santo Padre indicó que “toda celebración de la Eucaristía es un rayo de aquel sol sin atardecer que es Jesucristo resucitado. Participar en la Misa, en particular en la dominical, significa participar en la victoria del Resucitado, ser iluminado por su luz, calentado por su calor”.

Hizo hincapié en que “por medio de la celebración eucarística el Espíritu Santo nos hace partícipes de la vida divina que es capaz de transfigurar todo nuestro ser mortal. En su paso de la muerte a la vida, del tiempo a la eternidad, el Señor Jesús nos lleva también a nosotros con Él para participar en la Pascua. En la Santa Misa nos unimos a Él. De ese modo, Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él”.

“Su Sangre nos libera de la muerte y del miedo a la muerte. Nos libera no

sólo del dominio de la muerte física, sino también de la muerte espiritual que es el mal, el pecado, que nos toma cada vez que caemos víctimas de nuestros pecados o de los pecados de los demás. Como consecuencia de ese pecado, nuestra vida es pervertida, pierde belleza, pierde significado y se marchita. Por el contrario, Cristo es la plenitud de la vida”.

En este sentido, Francisco explicó cómo debe ser la actitud de un cristiano en la Eucaristía: **“Eso es la Misa, es entrar en esa pasión, muerte y resurrección de Jesús. Y cuando vamos a Misa es como si fuéramos al Calvario, es lo mismo”**.

“Y pensemos, si estuviéramos allí, en el Calvario y supiéramos que aquel hombre de allí es Jesús: ¿nos permitiríamos murmurar, tomar fotografías, hacer el espectáculo? ¡No! Porque es Jesús. Seguro que estaríamos en silencio, en el llanto y en la alegría de ser salvados. Cuando entramos en la iglesia para entrar en Misa, pensemos en esto: estoy accediendo al Calvario, donde Jesús entrega su vida por mí”.

Finalmente, el Pontífice concluyó su enseñanza recordando cómo **los mártires fueron capaces de donarse precisamente por su fe en que la victoria de Cristo ya es real: “Si el amor de Cristo reside en mí, puedo entregarme plenamente a los demás**, con la certeza interior de que, si resulto herido, no moriré, sino que podré defenderme. Los mártires entregaron su vida por esta certeza de la victoria de Cristo sobre la muerte. Sólo si experimentamos este poder de Cristo, el poder de su amor, seremos verdaderamente libres para entregarnos sin miedo”.